Ensayos Históricos

2a. etapa, Nº 25, pp. 61-77, 2013

Pobre negro o el designio del fuego

***Alexander Torres Iriarte***

Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL)

Caracas, Venezuela

**RESUMEN:** Si bien la novela es un género definido por su lenguaje multívoco y sugerente, alude significados y sentidos que han ali­mentado los imaginarios populares y las proposiciones políticas de las élites ductoras. En el caso específico venezolano, la novela de la *negritud* es un reservorio de valencias indiscutibles, siempre y cuan­do en su eje temático se ahonden “las manifestaciones dramáticas y profundas de la realidad venezolana”. El siguiente artículo analiza la obra *Pobre Negro* (1937), enfatizando las expresiones culturales, la presencia de la guerra y la intencionalidad didáctico-moralizante de Rómulo Gallegos (1884-1969) , en el contexto del debate modernizador posgomecista. La tesis de la lucha de “razas” antagónicas como metáfora de la unificación nacional, la negación de la guerra, la apología del nuevo régimen y la integración de formas socioeco­nómicas opuestas, plantea simbólicamente Rómulo Gallegos en *Pobre Negro* sin marcar distancia de su programa político de acción inminente.

**Palabras clave**: Novela, Cultura, Religiosidad, Guerra, Moderniza­ción, Política.

“-Bueno, pues, muchachos. Las gracias no les doy, porque con palabras no se pagan obras. Digan que así terminó Pedro Miguel Candelas, que no fue sino el arrebato de un pueblo que se lanzaba a la muerte buscando el camino de su vida. Este desperdicio de la guerra que con vida se escapa, no es ya sino las­tre para un falucho. Que tampoco lo necesita”.

*Pobre Negro*

“De Calibán a Ariel es la metamorfosis que se ope­ra en el Mulato, Pedro Miguel Candelas, dentro del texto de Gallegos. El espacio nacional del *otro* que articula Gallegos es un sitio que no admite sino la sumisión y el pacto que Próspero hace con Ariel”.

Antonio M. Isea

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 61

**A modo de Introducción**

Uno de los aspectos más caros de la historia tradicional de corte po­sitivista es la convicción de considerar al documento oficial como soporte fundamental del investigador. En la irrupción de la Nueva Historia con su “pluralidad de direcciones”, sucedánea en gran medida de la Escuela de los *Annales*, la apuesta en la novela como fuente para el historiador tiene aristas de una riqueza inagotable. Ejemplo de lo dicho, es que la presen­cia profusa del diálogo, con su abanico de posibilidades narrativas y con sus rupturas de las temporalidades, ya no es asunto exclusivo de la obra de ficción, sino, característica muy marcada en libros de historia, en otros momentos tenidos por “muy serios”. Del mismo modo, nadie en su sano juicio cree en la asepsia cognitiva del discurso histórico, muy al contrario, podemos palpar cómo cada vez más cobra terreno la noción de la historia interpretativa, relativa y restringida, siempre imbricada con las dinámicas del poder. De tal modo que la historia no es historia en sí misma, sino un relato en función, a veces de manera imperceptible, de una postura moral o ideológica de un alguien-quien-escribe que se erige como el “supremo autor”. Solo una delgada línea parece separar al historiador casado con la necesidad de entender, de los cultivadores de la ficción, quienes aun arrojando claves para comprendernos, no hacen concesión con racionalidades explicativas. Como se puede inferir, es difícil deslindar lo que se tiene por ficticio de aquello que no lo es, lo que trae como consecuencia la consideración artístico-literaria de la historia, aseveración aborrecida por los antiguos guardianes de la “ciencia del pasado”.

Si bien la novela es un género definido por su lenguaje multívoco y sugerente, alude significados y sentidos que han alimentado los imagi­narios populares y las proposiciones políticas de las élites ductoras. En el caso específico venezolano, la novela de la *negritud* es un reservorio de valencias indiscutibles, siempre y cuando en su eje temático se ahonden “las manifestaciones dramáticas y profundas de la realidad venezolana” (Ramos Gúedez: 1980, 89).

*Pobre Negro* (1937), como novela emblemática de Rómulo Gallegos (1884-1969)1 trata sobre las vidas de los pobladores barloventeños

1 Escritor de reconocimiento internacional con un polémico accionar político en la Venezuela contemporánea. Ya para 1931 había sufrido el exilio, sobre este asunto dicen Sambrano y Miliani (1994): “Se cuenta que Gómez se hizo leer *Doña Bárbara* de un solo tirón. Impre­sionado favorablemente, el astuto dictador ordenó que nombraran a Gallegos Senador por el estado Apure. Para eludir el compromiso que implicaba formar parte de un Congreso títere, el novelista se embarcó para España. A su regreso, Gómez insistió mandándole a ofrecer el Ministerio de Educación. Gallegos no le quedó más alternativa que desterrase” (20). En 1935, retorna a Venezuela, siendo al año siguiente responsable de la cartera de educación en el gobierno de Eleazar López Contreras, ministerio al que renuncia al poco tiempo. Para 1941 funge como candidato “simbólico” contra Isaías Medina Angarita. Para

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 62

en la Venezuela agroexportadora, recreando un segmento polémico de nuestro devenir histórico, como es la abolición de la esclavitud y el cierre de la Guerra Federal:

Aparecen allí también los políticos de la época, que ocultan bajo un velo de gravedad su pobreza interior. Y, frente a ellos, con sordo rumor la creciente furia de las masas esclavizadas, negros y mulatos, que estallará al fin de la lucha bárbara, sedienta de igualdades y reivindicaciones: la acción finaliza con una serie de cuadros, de gran valor en sí mismos, como trozos arrancados de un pavoroso vitral. En conclusión de premisas anteriormente establecidas: la injusta separación de castas, no abolida por la guerra de la independencia, el mestizaje cada vez más creciente, el juego ambicioso de los políticos sin escrúpulos que mantenían al país en constante desorganización económica y social, así como el atraso cultural, precipitaron la guerra civil. Esta guerra consolidó las aspiraciones igualitarias del pueblo, rompió las vallas tradicionales que se oponían a la consecución de la democracia social y dejó en el pueblo venezolano un sabor amargo, y una tendencia a la revuelta armada de negativa influencia en la vida republicana (Araujo: 1962, 172).

Sobre esta obra, que rompe aguas con los esquemas regionalistas preconcebidos a los que nos acostumbró Rómulo Gallegos, la crítica no deja de calibrarla como un producto muy “experimental”, de difícil ocultación del propósito pragmático2 de un autor, que en la búsqueda de un diagnóstico del tejido social para una posible intervención quirúrgica, pare­ce sacrificar la dimensión estética como escritor consagrado3:

1947 fue electo por primera vez -en Venezuela por voto directo y secreto- Presidente de la República siendo depuesto al año siguiente por una junta militar encabezada por Carlos Delgado Chalbaud. Expatriado nuevamente en Cuba y México, regresa a su país después de la salida de Marcos Pérez Jiménez en 1958. Entre sus obras destacan, además de la ya mencionada, *La trepadora* (1925), *Doña Bárbara* (1929), *Cantaclaro* (1934), *Canaima* (1935), *El forastero* (1942), *Sobre la misma tierra* (1943), *La brizna de paja en el viento* (1952), *La posición en la vida* (1954) y *La doncella y el último patriota* (1957), obra ésta con la que obtendría el Premio Nacional de Literatura.

2 “No se había cumplido un año del regreso del escritor al país, con motivo del término de la dictadura gomecista. Es indudable que la maceración de su contenido, corresponde a los días de su estancia en España. Se nota en esta novela una orientación diferente a la había privado en las obras como *La trepadora*, *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima*. Posible­mente el novelista más bien insista con replantear una realidad social, de alto contenido ideológico, que le había inquietado preferentemente desde los días en que concibe su primera novela: *Reinaldo Solar*. El nuevo clima de la política venezolana que encuentra a su regreso en 1936, tal vez le animó apresurar los toques finales de *Pobre Negro*…” (Díaz: 1986, 230).

3 Sobre este aspecto Felipe Massiani (1984, 120) afirma: “*Pobre Negro* ha sido el más dis­cutido de los libros de Gallegos. Publicado después de *Canaima* –momento de plenitud en la producción del novelista venezolano- y explotado tema, de los más expectantes en la historia venezolana, influyeron estas razones para que la clientela de lectores y la crítica misma iniciara un anticipo de actitud sobresetimadora de la novela esperada”.

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 63

Pero no por esto podemos llamar a *Pobre Negro* una novela histórica; la época está relativamente cerca, tanto que aún determina ciertos modos del vivir actual de nuestro país. La novela, debido quizás a esta proximidad temporal, no tiene la monumentalidad que la lejanía presta a la novela his­tórica. Además, la descripción del paisaje -realizada de manera similar a las de sus otras novelas- es uno de los encantos mayores de la obra y tiene un claro sentido actual: es una realidad que está ante nuestros ojos. La nove­la toda es *presentación*, *descripción*, antes que *narración*. Los personajes mismos no están limitados por los contornos del momento histórico: Cecilio el viejo, Pedro Miguel, Luisana, el padre Mediavilla, etc., son personajes que pueden vivir en cualquier momento de la vida venezolana. El campe­sino y la vida del pueblo allí descritos, son muy parecidos al campesino y a la vida de nuestros pueblos actuales, y podemos hallarlos en otras novelas del autor. No debemos, hablar de *Pobre Negro* como de una novela históri­ca. Hay sí, en cierto modo, la interpretación de un momento histórico, pero esto es otra cosa y, al final, no es precisamente lo mejor de la obra (Ibídem, 168-169).

Nuestro propósito es analizar *Pobre Negro*, enfatizando las expre­siones culturales, la presencia de la guerra y la intencionalidad didáctico-moralizante de Rómulo Gallegos, en el contexto del debate modernizador posgomecista.

**I. El valor de los elementos**

Las manifestaciones culturales tradicionales, con su profundo fer­mento de religiosidad africana, tienen un papel estelar en *Pobre Negro*. No oculta Gallegos su propósito cuasisociológico, al ventilar con una mi­nuciosidad más que ilustrativa, las creencias, los rituales y los imagina­rios colectivos de un sector de la población venezolana soslayada por los cultores de la ficción. El tambor, las faenas, las décimas, las fulías y los diablos danzantes, aparecen en *Pobre Negro* como elementos signi­ficativos de la mentalidad del afrodescendiente en una de sus horas más axiales, como fue la proscripción de la esclavitud. El tambor, tan africano como el proceso de esclavización mismo, es más que un instrumento mu­sical, sintetiza las energías míticas de los negros, quienes, pese a sus trágicas existencias, se siguen aferrando a sus antiguas deidades. Divini­dades consideradas “bárbaras” y hasta “paganas” por los amos católicos, situación que no amilana las ansias expresivas de los pobladores de las costas venezolanas pese al látigo inclemente del caporal. En el repique del tambor encuentra el “alma frenética” de este gentilicio maltratado, nos dice Gallegos, su válvula escape, alcanzando formas espirituales muy presentes en la cultura del venezolano promedio.

De un santo como San Juan, uno de los tantos hijos del sincre­tismo caribeño, se prende el autor para hacernos comprender prácticas

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 64

socioculturales tan importantes en Buria, Aroa, en los valles del Tuy, Bar­lovento, como en otras localidades de la geografía nacional:

Ya el curveta y el mina marcan el compás de baile y la negredad prorrumpe:

—¡Airó! ¡Airó!

Una mujer avanza dentro del círculo, en el centro del cual da comienzo el baile. Sus pies apenas se mueven en un palmo de tierra, pero el ritmo de la danza ya le sacude las caderas haciendo sonar las enaguas, ya le resue­llan las narices dilatadas, ya está en el blanco de los ojos de éxtasis.

—¡Toma tu tuna, San Juan! - grita, hacia la noche estrellada, imitándola las mujeres.

—¡Toma tu piña, San Juan! - responden los hombres a coro.

Las frutas del tiempo, que así le ofrendan al Santo, mezclando lo piadoso con lo irreverente para la malicia de las risotadas en que todos prorrumpen, bajo el repiqueteo de los tambores frenéticos que estremecen la noche cabalística.

—¡Airó! ¡Airó!

Es porque la mujer que baila dentro del círculo ya elige a uno de los hom­bres que todavía lo forman, plantándose por delante y cantándole:

—¡Suelta el chivato, manito! El chivato de San Juan.

A lo que responde el hombre elegido, a tiempo que sale a bailar:

—¡Asujetame la chiva! Que ya estoy donde las dan.

Ahora es la pareja eterna, que se busca y se esquiva, la danza vital que lanza la hembra contra el macho. El hombre huye y la mujer lo persigue, acosándolo, atajándolo, tratando de meterle la zancadilla con que debe derribarlo, mientras los demás corean, descargando la voz unísona en el compás de los tambores… (Gallegos, R: 1978, 69 )4

El florecimiento de las orquídeas de mayo la acompaña Gallegos con las competitivas noches del velorio de cruz, clima idóneo para que los

4 Este baile se lleva a cabo en varios lugares de Venezuela, sobre todo de las zonas cos­teñas, y encuentra su origen en los aportes culturales de los esclavos traídos de la África Occidental (por parte de los gentilicios fanti, ashanti, ewe, fen, yoruba, etc.) de donde procede, posiblemente, los tambores el curveta y el mina, muchas veces mencionado por Gallegos en *Pobre Negro*. Sobre la expresión “Airó”, Megenney (1980, 306) sostiene: “Después de haber explorado varias posibilidades, llegué a la conclusión de que esto debe venir del fon *Aido Hwede*, *el dios serpiente*. Según la tradición fon, es una de las entidades espirituales más poderosas e importantes. El macho, *Aido Hwede*, yace envuelto debajo de la tierra, con su cola en la boca, y la hembra es el arco iris quien echa relámpagos a la tierra. La importancia de la pareja *Aido Hwede* en el credo dahomeyano sugiere la posibi­lidad de la continuación de su uso en el Nuevo Mundo y de la inclusión de su nombre en los cantos espiritistas preservados por los descendientes de los esclavos”.

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 65

negros de “La Fundación de Arriba” y “La Fundación de Abajo”, declamen sus tradicionales décimas, además de entonar entusiastamente sus ricas fulías. En el joven Coromoto y el viejo Pitirrí, afamados recitadores, se resume el sentido de torneo ancestral consustanciado con la faena del ca­cao y el proceso de hibridez cultural. Desde el antiguo romance castellano, nos recuerda el narrador, se deriva la décima criolla acogida por un pueblo que no renuncia a su formalidad clásica y que encuentra en esta jocosa tradición, espacio liberado para volcar todas las emociones represadas. También los diablos danzantes son recogidos en *Pobre Negro* como parte de la cantera, con un sentido didáctico en Gallegos, de las cosmovisiones de los negros preteridos. Sobre este aspecto en específico, Megenney (1980) asevera:

En este capítulo, pues, de *Pobre Negro*, en que los negros se visten de diablos y bailan en la ceremonia de Corpus Chisti,pobre negro Gallegos nos ha dado un vistazo diacrónico y sincrónico a la vez de las influencias europeas de la Edad Media (Corpus Christi) y las del África subsahárica (los disfraces, los ritmos de los tambores, y los significados o propósitos de los bailes); y todo esto en un estilo dinámicamente pintoresco de acuerdo con las pautas más estilísticamente logradas de la constante realista de la literatura hispánica, entretejiendo estas chispas folklóricas dentro de la tela argumental de su obra. Así logra un matrimonio feliz entre la presentación de datos verídicos, la cual satisface su curiosidad antropológica y su pro­ducción novelesca, que es una parte intrínseca del alma creadora. (311)5

Sobre coloridos personajes que se arrodillan de espaldas a la puerta de la Iglesia, y luego simulan un “estremecimiento convulsivo”, dando paso “a una danza de saltos y esguinces, de extraordinaria agilidad, em­puñando su rabo de trapo para tocar con él las maderas de la puerta” (Ibídem, 135), nos remite Gallegos. En boca del sapiente Padre Mediavilla advierte el autor:

—¿Te fijas, Pedro Miguel? –le preguntó el Padre Mediavilla–. El sagrado templo que no le permite acercarse. El diablo pretende aplacarlo pasán­dole el rabo a la puerta, pero ya las Escrituras dicen que contra las de Iglesia no prevalecerán las del Infierno ¿No están mal de doctrina los po­bres negros, verdad? Tres veces debe intentarlo cada diablo, levantándose del suelo uno a uno, como ya verás y el truco está en los tambores, que

deben repiquetear fuertemente y de prisa cuando ya vaya a lograrlo

(Ibídem, 135-136).

Luego de este ritual comenzaba la “zarabanda”, es decir especie de danza general sin compás apoyada básicamente en el tambor conjunta­mente con saltos y contorsiones. Vista así, nos encontramos con una ex

5 Es digno subrayar en este autor, como muchos otros analistas de los diablos danzantes de nuestro país, no hace mención a la huella de los indígenas de rico aporte en estas festividades.

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 66

presión prohijada por la “África primitiva, aunque tal vez reproduciendo en América una escena de la Europa medieval” (Ídem). Manifestación cultural en la que los negros, con copiosos ademanes, cumplían y cumplen sus sagradas promesas bailando con gran sensualidad hasta más no poder. También con el *Velorio de Angelito,* mezcla de goce y dolor, por la muerte del hijo del negro Tilingo, se acompaña el *golpe tuyero* en *Pobre Negro*.

De tal modo que estas peripecias reflejadas en la obra, son más que datos inermes de un autor que quiere recrear vivencias de “la raza vencida”, sino es parte de la estructura de la novela que nos permite ahondar en los laberintos del alma popular, sus manifestaciones cultura­les tradicionales, su cotidianidad y su función ante la historia de un país en construcción.

**II. El secreto del “Cachorro”**

El misterio y la religiosidad popular -con su estela de secretos y medias verdades- atraviesa la trama de *Pobre Negro*. Comentario es­pecial requiere este asunto tan peliagudo, que inunda los diálogos y las descripciones presentes en la obra. En primera instancia, lazos invisibles unen los pueblos caribeños con un pasado común de coloniaje y de tra­tas esclavistas. La síntesis dialéctica de problemáticas sociales y campos religiosos dan como resultado colectivos que aceptan, sin ningún tipo de conflicto, la existencia objetiva de lo sobrenatural. Las relación entre el creyente y el objeto venerado o adorado, se fundamenta en un acuer­do tácito entre las partes, en la que el fiel cumple un conjunto de ritua­les propiciatorios y la deidad intercede positivamente en su sino. Lo que pone de relieve el carácter utilitario del culto, que no necesariamente se acepta como factor lenitivo de los gentilicios, sino como canal muchas veces de protesta o resistencia ante los abusos de los bloques sociales hegemónicos. Del mismo modo no siempre “lo divino” se le atribuye a la noción de Dios, ni mucho menos a lo trascendente *per se*. A veces, y así lo han certificados los sociólogos de la religión, la vida de este mundo es más importante que la promesa de un más allá. Es frecuente ver cómo lo emotivo y espontáneo tiene mucho peso en algunos grupos humanos, que elaboradas ortodoxias religiosas. Múltiples y extensas son las formas que toman los pueblos para manifestarse religiosamente, y en el Caribe existe un expediente interesantísimo.

Es oportuno recordar lo específico de las metrópolis española y por­tuguesa, quienes por razones diversas, le dieron la espalda a la “moderni­zación” que otro sector de Europa abrazaba en atención a la emergencia capitalista con el protestantismo como ideología de respaldo a partir del siglo XVI. El dominio de una religiosidad de sólidas características medie­vales amalgamados con elementos judeo-arábigos se mantenía incólume

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 67

en España y Portugal. Si a esto le sumamos, que el cristianismo traído a América por invasores y aventureros hispanolusitanos, más amante del oro que de salvar almas con sus excepciones de rigor, estaba plagado de supersticiones y mitos, podemos inferir dónde está un cauce formativo de cierto “catolicismo popular” que todavía nos distingue. En el caso con­creto de los indígenas, el sometimiento a relaciones de vasallaje no estuvo reñido con el fortalecimiento de la cultura agrícola en la que la fertilidad -con toda su carga simbólica- pudo subsistir con grandes sistemas religio­sos, por lo menos en las sociedades incaicas y mesoamericanas. Lamentablemente otras culturas “periféricas” fueron diezmadas. Ramírez (2002) nos puntualiza:

Las economías de plantación tuvieron otras condiciones materiales de vida aunque los efectos religiosos con relación a la evangelización no fueron muy diferentes. En ellas la mano de obra esclava era imprescindible para lo cual es conocido se estableció la trata negrera y la esclavización de afri­canos de diferentes etnias. El esclavo no podía tener interés en la cosecha al despojarle el sistema del producto de su trabajo. Sus rituales agrícolas fueron perdiendo importancia al mismo tiempo que lo ganaban los ritos de protección y la adivinación. La conversión del esclavo al catolicismo no podía estar en los reales propósitos del esclavista, era más bien un estorbo si se destinaba a ello horas que reducían las largas jornadas de trabajo y si los conversos debían acogerse al cumplimiento de días de precepto. Pero más difícil resultaba admitir la igualdad entre hombres de una mis­ma religión cuando el argumento básico de la esclavitud era justamente la desigualdad que justificaba el sometimiento de “paganos” e “idólatras”. Se impuso así una cierta obligada permisividad por la que lograron persistir las religiones africanas, aunque en las nuevas condiciones sufrieron modifica­ciones hasta las formas derivadas actuales. Esta fue la suerte de las zonas donde hubo fuertes asentamientos africanos, en particular el Caribe insular y parte de Brasil (9).

De allí el caldo de cultivo de antiguas creencias indígenas y africa­nas que reflejan las condiciones de vida de nuestros pueblos rescatadas por Gallegos en *Pobre Negro.* Pedro Miguel, como personaje principal, es producto del acercamiento sexual del “alma atormentada de Ana Julia Alcorta”, la niña de la casa que fue objeto de un “extraño mal”6, con Negro

6 Este episodio es básico en *Pobre Negro* para visualizar la génesis de la “desgracia” de Pe­dro Miguel. Ana Julia Alcorta sufría permanentemente una “misteriosa fiebre errante” que le recorría el cuerpo y que le arrebataba el ánimo, su dolencia era producto posiblemente por la Emigración de Oriente de 1814. También un hecho ocurrido en Río Chico -el recurso psicoanalítico del autor acusado por Ramos Calles (1984)- que “no conservaba en la me­moria” cuando ella tenía 9 años sobre un negro ensangrentado que era objeto de maltrato por un crimen presuntamente cometido, puede ser el móvil inconsciente. Luego la “fobia” mezclada con sentimiento de culpa por discriminar a los afrodescendientes. Todo se tradu­ce en una “reacción mística” con intervalo de trágica caída y extravió. Fue en este “extraño embrujamiento” que Ana Julia Alcorta concibió Pedro Miguel Candelas con Negro Malo.

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 68

Malo7. Como hijo de mantuana con un hombre de “oficios viles”, en Pe­dro Miguel, apodado el Cachorro, por su temperamento díscolo y huidizo, pesaba la herencia de la bastardía, la incertidumbre de su ser y accionar: “El día que Céspedes, el pretendiente de Luisana, le cruza el rostro al Cachorro, de un foetazo, encuentra en el alma del muchacho mestizo, su cauce natural la violencia. Desde aquel momento empieza a crecer en el mundo interior de Pedro Miguel, el odio, el resentimiento, la venganza, una rebeldía con causa bien fundada” (Díaz: Op. cit, 234) .

En “El Matajey”, especie de minifundio de la hacienda “La Funda­ción”, el mestizo José Trinidad Gomárez y manumisa Eufrasia velan por la crianza del joven Pedro Miguel para tapar un poco la vergüenza de los Alcorta. La clave está en el mismo instante en que Cecilio el joven le re­vela la verdad de su origen, obteniendo la respuesta de un Pedro Miguel reflexivo, cuyo razonamiento nos ayuda a comprender la mentalidad es­cindida del bravío mestizo:

Usted habrá querido hacerme un bien, porque, la verdad sea dicha, hasta ahora sus intenciones siempre han sido buenas para conmigo, mas por el momento no me parece sino que me ha causado el mayor mal que estaba en su alcance. Yo tenía un odio de toda mi vida, una marca que mucho tiempo llevé en la cara, pero estaba a gusto con él. Ahora podría decirse que era un rencor contra el mantuano que arrenegó de mí; pero eso no se­ría nada nuevo, si a ver vamos. Lo grave, dicho sea con palabras suyas de hace poco, es que ahora no sé si serán dos rencores, por mengua de uno, lo que tendré que alimentar. La historia que usted me ha contado, oída en sus labios, suena bien, porque usted ve y pinta las cosas de cierto modo, a su manera de hombre que sabe hablar. Pero ahora tengo que repetírmela yo sólo, a la manera mía, con las palabras que a mí se me pueden ocurrir y no sé que iré a sacar en limpio. Si bueno para mí, ya lo buscaré para darle las gracias; pero si no vuelve a verme, diga que me ha hecho el mayor mal que ha podido desearme (Gallegos: Op.cit, 95).

Estas palabras descollantes en el espíritu de Pedro Miguel (palabras que en su decir “tengo que repetírmela yo sólo”), simboliza el combate por el autoconocimiento y la rebelión de la propia existencia. Tiene que ver con optar por la causa de la madre mantuana, que aquejada por causas esotéricas lo dejó en orfandad, o por la del padre, quien representa la es­tirpe humillada por los amos de la haciendas, o lo que es peor: por una vía donde los factores yuxtapuestos en él (el mestizo) busquen un sentido de

7 El tema de la muerte está cargado de signos negativos, como sucede en la mayor parte de las literaturas del mundo. *Pobre Negro*, sin embargo hay dos muertes, cuyos significantes no se corresponden con un significado común. Son las de Negro Malo y la de Ana Julia. El primero paga con su vida, el pecado que comete por un impulso extraño. Pareciera que los cánones de una sociedad rígida, inquisitorial, imponía de esta manera su justicia absurda. La de Ana Julia, por otra parte, parecía pertenecer a un universo mágico, en el que todo estaba determinado por la presencia del *extraño mal*” (Díaz: 1986, 234).

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 69

destino, en una época de guerra de colores y castas. Es el viejo dilema en­tre el ascenso social del blanqueado, por un lado, y el llamado de la “raza indómita”, por el otro, que plasma Gallegos en varias de sus novelas. Al final por el amor a su prima Luisana y la sed de venganza contra Antonio de Céspedes, Pedro Miguel toma el camino de las guerrillas, una de las tantas formas de violencia presentes en el siglo XIX venezolano. Sólo que en el *Cachorro* hay una variable no advertida antes en el autor de *Doña Bárbara*, y que Georgescu (1984), de una manera sutil refiere al hacer alusión de las máscaras y rostros de los personajes del autor venezolano: En Pedro Miguel “su vocación prometeica es real, pero no bastante clara. Prende fuego en vez de domesticarlo, hace de las llamas un incendio y no un elemento civilizador” (88). Esto explica, en parte, el porqué de su desenlace final, en el que Pedro Miguel prácticamente es salvado por el amor de la nueva Blanca (¿Madre-novia?), al perdonar a los Alcorta, darle la espalda al Mapanare y tomar el mar como ruta para el exilio8.

**III. “Siembras de vientos”**

Media centuria signada de guerras civiles y un liberalismo de mam­puesto como ideología oficial, marcaba una crisis determinante, que des­embocará en un conflicto armado de cinco años conocido como la Guerra Federal (1859-1863). Ya José Antonio Paéz, otrora líder de la Independen­cia, había sido Presidente de Venezuela en varias ocasiones. Como hege­món de turno regía los destinos de la nación. Vargas, Soublette y Narvarte, eran piezas básicas de su poder. Era un país de disminuidas importacio­nes, de menguados ingresos al fisco, de estancamiento de la agricultura, de profunda pobreza y analfabetismo galopante, todo un caldo de cultivo para el caudillismo secular y telúrico. Páez lidera el Partido Conservador, fracción que tiene como propósito mantener intacta las condiciones so­cioeconómicas de la colonia. Los usureros, prestamistas, monopolistas del comercio exterior, la burocracia civil, los caudillos militares, los grandes latifundistas son partidarios de Páez. Es en este marco de lucha política y convulsión social que surge el Partido Liberal en 1840 encabezado por An­tonio Leocadio Guzmán, con el periódico El Venezolano y su lema: “Más quiero una libertad peligrosa que una esclavitud tranquila”. Los dueños de hacienda sin dinero, terratenientes arruinados, caudillos y militares mar­ginados del gobierno, intelectuales y políticos conservadores resentidos y

8 Ramos Calles le da a este hecho nuevamente una interpretación psiconalítica: “Así con­cluye este desesperado esfuerzo, que a través de generaciones frustradas, fracasa en su empeño de *matar al centauro*. Y que, buscando en la savia de una sangre distinta -indio y negro- fracasa también rotundamente, y regresa, como ya lo hemos dicho, al vientre insaciable de *la devoradora de hombre*s. Otra vez el hombre del pueblo, resulta derrotado por el mantuano blanco, sereno y poderoso. Y lo que es peor: perseguido por su hermano en sangre y en humana miseria individual y social” (Ramos Calles: Op. cit, 202-203).

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 70

jóvenes con ideas liberales, se pliegan a un Guzmán demagogo que cobra cada día más aceptación popular. Para 1846, año electoral, aumenta la el favoritismo de los liberales y comienza la represión de Carlos Soublette sobre todo en Caracas, San Juan de los Morros y Maracay. Antonio Leo­cadio Guzmán es apresado por el gobierno conservador y condenado a muerte. Páez impone la candidatura de José Tadeo Monagas, triunfador de las elecciones de 1846. Durante el gobierno de José Tadeo Monagas terminó el predominio de los conservadores y llegan al poder los liberales. Con la Constitución Nacional de 1857 se plantea la reelección presidencial de los Monagas lo que aceleró la caída del régimen. La “Revolución de Marzo” de 1858, producto de una alianza conservadora-liberal liderada por Julián Castro depone a José Tadeo Monagas.

“Yo no soy un hombre, sino un arrebato de todo un pueblo, que se está arrojando en los brazos de la muerte, por no encontrar el camino de la vida” (Gallegos: Op. cit, 182), abrevia la conciencia social de un Pedro Mi­guel sellado por los condicionantes de la guerra en un ambiente caldeado de cinismo político y de gran movilización popular. También dice de cierto fatalismo sociológico de todos aquellos que vivieron en un siglo en que la fuerza era el único camino de ascenso social para los desposeídos. El narrador de *Pobre Negro* expone que la dialéctica de la liberación que su­pera la “pugna política de los liberales contra los oligarcas por la conquista del poder”: “en lo hondo y verdadero de las cosas obedientes a la voluntad vital de los pueblos, sería el duelo a muerte entre la barbarie genuina en que continuaba sumida la masa popular, con sus hambres, sus rencores y sus ambiciones, y la civilización de transplante -códigos y constituciones aparentemente admirables- en que venía amparando sus intereses la cla­se dominadora” (Ibídem, 163).

Todo esto allana el terreno para el “hombre de presa” de turno que capitaliza las demandas de las mayorías silenciadas. En *Pobre Negro* Ezequiel Zamora es definido como un hombre justo, con capacidad militar, seductor de multitudes y de férreo carácter, sin embargo, (vuelve hablar el escritor-maestro):

... le faltaba, en cambio, la capacidad constructiva que sólo podía darse en un civilizador, hombre de ideas integrales, así fuese la espada lo que empuñase su diestra; pero aún así habría sido la cabeza de la furia que no había de tener sino brazos exterminadores y no bien se había difundido la tardía noticia de Santa Inés, que era ya su apoteosis, cuando corrió su muerte, en San Carlos, por una bala cuya procedencia se formarían leyen­das. Pero la revolución federal tenían raíces profundas en cada palmo de la tierra venezolana y ya podían morder el polvo uno tras otro, los hombres en quienes se complaciese aquel espíritu mesiánico y ser derrotados los ejércitos o exterminadas las facciones, porque en seguida éstas reapare­cían, aún sin jefes, más encarnizadas y sañudas. Al monstruo de la furia si

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 71

cabeza le nacerían brazos, mientras hubiese algo que convertir en escom­bros (Ibídem, 164-165).

De tal modo que en la mirada de Gallegos son legítimos los pedi­mentos socioeconómicos de los explotados, que muchas veces sin cla­ridad doctrinal, son objeto de manipulación ideológica9 por parte de las élites o el *mandamás* del momento teniendo como resultado un saldo ver­daderamente sangriento:

Se simulaban decretos de gobierno restableciendo la esclavitud, a fin de que todos lo que habían gemido bajo sus cadenas corrieran a ponerse en armas contra los antiguos amos y a las guerrilas se incorporaban las peonadas, después de haber contribuído a la matanza de los propietarios o de sus mayordomos, quedando las mujeres con el beneficio de las tierras, practicamente ya sin dueños. Se entraban a saco en los pueblos para arrui­nar a los comerciantes y luego se entregaban a las llamas, a fin de que no quedase blanco con techo que lo abrigara. Se pasaba a cuchillo a todo el “mantuanaje”, incluso las mujeres y los niños, muchas veces (Idém).

Es así como Gallegos nos brinda con gran dramatismo la cara más dantesca de nuestra conflictos intestinos: las puertas de los pueblos que se cierran por el miedo; el “silencio escalofriante”; el abuso hacia las mu­jeres viudas; suicidios de hijos impotentes de poder defender a sus pro­genitoras; las llamas extendiéndose como un “purificante de todo”; bayo­netas atravesando imberbes10; aguerridas soldadas; la práctica del pillaje; torvos rostros hambrientos de sangre con lanzas en ristre; etc, que hacen juego con un Pedro Miguel apellidado “Candelas”, por su afición al fuego, metáfora de una país encendido de costa a costa por males seculares.

9 En este sentido el federalismo decimonónico tiene un largo antecedente como programa salvacionista. La voz federación o “feberación”, como lo expresara el sector más deprimido de la sociedad, produjo en el imaginario colectivo venezolano del siglo XIX las más diver­sas interpretaciones, muchas veces contradictorias. Para algunos se trataba de reivindica­ción socioeconómica arrebatada desde el inmediato pasado colonial. Para otros, sectores más pudientes e intelectualizados, una república a tono con la modernidad.

10 Es muy modélico que el apartado “Venezuela” de *Pobre Negro* Gallegos relate uno de los hechos más desgarradores y abominables de toda la obra. “Venezuela” es el nombre del país mismo, utilizada por el novelista como ícono centrado en los arcanos de la guerra, ciega, indeterminada, aparentemente infinita, como cotidianidad de un país, que después del rompimiento con el nexo colonial español entra en un trance en cual sus más altas as­piraciones y rencillas étnico-sociales no parecen resolverse: “Se alejaron las carcajadas, se perdieron en el silencio de la noche, ya tinieblas espesas. Se incorporó la madre que se había inclinado sobre los cuerpos yacentes, con la sangre de todos sus hijos, fría, en las manos sarmentosas... Pero ya había perdido la razón y el uso de la palabra, que para nada le serviría en la soledad que le había dejado la guerra y empuñando una de las pa­lancas, retiró de la orilla la balsa trágica donde chapoteaba el negro río, con un rumor de lengua que estuviese lamiendo algo. La corriente se la fué llevando, poco a poco. Grandes nubarrones, cubrían todo el cielo y relámpagos inmensos aleteaban sobre el agua tene­brosa... De pie en la balsa, entre sus hijos muertos, la madre muda y trágica hundía de cuando en cuando la palanca, cual si buscase un rumbo” (Gallegos: Op. cit, 174).

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 72

**IV. La bitácora del escritor**

La opción capitalista, el desciframiento de la psicología popular, la lucha contra la barbarie en franca emergencia de una “sociedad civiliza­da”, la fórmula demo-burguesa, el apego dogmático a la ley como garantía de ciudadanía, el arte como imitación de la naturaleza, etc.; son premi­sas11 donde descansa la visión de país de Rómulo Gallegos expuesta en sus novelas12. Por supuesto, acompañada de un gran optimismo que coloca en la educación la metamorfosis maravillosa: la de trastocar un grupo de habitantes, proclives a las fuerzas disolventes, en venezolanos conscientes, amigos del orden y ganados para el progreso de la patria. De aquí que (Oviedo y Pérez) encuentra la narrativa galleguiana en general la presencia de “teorías clasisistas de tan larga tradición como el *docere-delectare* de Horacio o el aprovechar-imitando de Aristóteles” (1985, 104). El ejemplo, la denuncia, el arquetipo, el esquema ventilado de una manera atractiva, es la fortaleza del Gallegos creador de novelas “katárticas”, que no esconde sus mensajes para la burguesía incipiente “en cuanto que ésta tiene poder, se encuentra abierta a modificaciones y al mismo tiempo se apoya en la intelectualidad para la manifestación de sus ideas. Por tanto, la clase media como grupo es de dónde puede surgir el sistema de cambio. Hay en Rómulo Gallegos cierto rechazo de las turbas como sím­bolo de la incultura” (Ibídem, 105-106).

En Rómulo Gallegos hallamos a un pedagogo prestado a la política, además de un usufructuario de la palabra escrita, de “lirismo contagioso”, para hacer cátedra fuera del aula. Un novelista de fama mundial que apos­tó a la galvanización de la Venezuela moderna (siempre en observancia su óptica), y en la cual sus novelas -como parte de un conjunto mayor de ensayos y cuentos- obedece a la misma programática de representación literaria: “Tarea constructiva, edificante, unificadora y hasta terapéutica de una nación para los años treintas y cuarentas del siglo pasado que aún carecía de eficientes vías de comunicación, en la que los paisanos de la costa, la sierra, el llano y la selva aún se conocían mal y se miraban con recelo” (Pacheco: 2006, 436).

11 “Las constantes de su obra son: el planteamiento repetido de la *fuerza desorientada* con secuela de fracaso y del *pecado contra el ideal*, frutos amargos de la impaciencia y de la improvisación sin constancia; la idea del *alma dormida* con su corolario de la función redentora de despertarla (puede ser el alma del pueblo, en *Cantaclaro* o alma individual, como *Pobre Negro*); la lucha entre la voluntad civilizadora y la resistencia regresiva, pro­yectada sobre campos individuales o colectivos; los conflictos provocados por los mestiza­jes, la descendencia ilegítima y los casamientos entre personas pertenecientes a grupos sociales diferentes o contrapuestos” (Liscano: 1995, 35-36).

12 Desde *La Alborada* (1909) cuyo su lema “Sustituir la noche por la aurora”, conjuntamente con Julio Planchart, Henrique Soublette, Julio Rosales y Salustio González Rincones, des­pués de la salida del gobierno de Cipriano Castro (1899-1908), ya esta prédica “positivista” estaba presente en su pensamiento.

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 73

En tal sentido, no debemos separar a *Pobre Negro* de la propuesta macro del autor, con sus matices de rigor y el aporte diáfanamente visua­lizado en los años de activismo político de la Venezuela posgomecista. En *Pobre Negro* podemos apuntar los siguientes aspectos:

• La defensa del naturalismo pedagógico de raíces rousoneanas (con enseñanzas peripatéticas incluidas) y el carácter benéfico de la lec­tura en el alma del individuo. Esto lo podemos palpar en la relación de Cecilio el joven, Cecilio el viejo y Pedro Miguel, en una dura época de cambio y de fuerte decisiones para este último.

• La sumisión del estamento civil al militar por las mismas dinámicas sociales y las consecuencias de la guerra de la Independencia.

• La guerra como factor de movilidad social vertical ascendente, en la que prevalece más la ambición de poder que la concreción de ideales revolucionarios o reformistas y la fiel creencia en el hombre preclaro a la cabeza de la conducción del Estado. La experiencia de Cecilio el joven, en la Caracas de conservadores contra liberales, respalda a esta idea. El 24 de enero de 1848 muestra esta fisura irreconciliable. Fermín Alcorta, asiente: “…con el asesinato del Con­greso terminaron las libertades políticas, y nuestro partido, digan lo que quieran los ilusos, marcha hacia la disolución a pasos agiganta­dos, por falta de un hombre verdaderamente capaz” (Ibídem, 70).

• La cacareada abolición de la esclavitud vista como una farsa que animó más el encono y las luchas sociales al dejar intactas las re­laciones sociales de explotación: “…el antiguo esclavo se convirtió en peón asalariado, a causa de que este aborrecía ahora más que antes el trabajo a que su pobreza lo obligaba, en parte porque la misma libertad le había comprometido la vida, prometiéndole ancho camino que en seguida desembocó en el impasse de la tiránica necesidad…” (Ibídem, 107).

• En la inveterada práctica de la demagogia y el incumplimiento de las demandas sociales está el núcleo originario de las luchas fratri­cidas de los movimientos populares. Las expectativas posindepen­dentistas no colmaron las frustradas exigencias de los explotados, sino que se quedaron en las elucubraciones de un grupúsculo que no pudo entender la complejidad de la sociedad venezolana. En airada discusión con Antonio de Céspedes así argumenta Cecilio el viejo, especie de *alter ego* de nuestro Lisandro Alvarado para algu­nos críticos: “Mundo aparte, extracto social de una cultura extraña, superpuesta a la barbarie nativa dejada intacta, los civilizadores -los civilistas en este caso- imbuidos de preocupaciones teóricas, han hablado en un lenguaje que el `pueblo no puede entender y nada

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 74

de sorprendente tiene que les gane la partida el bronco machetero, que es un producto genuino de nuestro suelo violento, la Venezuela cuartel de la definición del Libertador” (Ibídem, 151).

En conclusión, las lides de dos “razas” antagónicas, -con sus ex­presiones culturales y su rica religiosidad-, que van preparando el camino para la unificación nacional, parece, desde la economía simbólica, hablar­nos Rómulo Gallegos en *Pobre Negro*, en una etapa prendida de cierto triunfalismo en la transición lopecista, cuando la patria y el partido exigen, al más reputado de sus intelectuales, un servicio de materialización del plan bosquejado en sus novelas.

En Luisana Alcorta Gallegos concreta parte de la síntesis aludida a la vez que logra con este personaje -“La Capitana, pero de su amor, por fin, sin mezcla de sacrificios”, frase con que cierra la novela- la negación de la guerra, la apología del nuevo régimen y la integración de formas socioeconómicas opuestas, todo en sintonía con su programa político de acción inminente.

**Referencias**

ARAUJO, Orlando (1962*). Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*. Biblioteca Popular Venezolana. Caracas: Ediciones del Ministerio de Edu­cación.

BURKE Peter (1999). *Formas de hacer la historia*. Madrid: Alianza Universidad.

CALDERA, Rafael Tomás (1980). *La respuesta de Gallegos. Ensayos sobre nues­tra situación cultural*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

DÍAZ SEIJAS, Pedro (1986). “Sus tres últimas novelas venezolanas. Pobre Ne­gro, El forastero y Sobre la misma tierra” en *Rómulo Gallegos. Multivisión.* (VVAA. Coords Isaac Pardo y Oscar Sambrano Urdaneta). Caracas: Edicio­nes de la Presidencia de la República.

GALLEGOS, Rómulo (1978). *Pobre Negro*. Colección Literaria Universal. México: Editores Mexicanos Unidos.

GEORGESCU, Paul (1984). *Rómulo Gallegos*. Caracas: Academia Nacional de la Historia

ISEA, Antonio M (2004). “Pobre Negro, Las Lanzas Coloradas y Cumboto: tropis­mo del discurso de construcción nacional venezolano en el siglo XX”. En *Revista de Literatura Hispanoamericana*. N º 48. Enero-Junio 2004. 127-146. Maracaibo: Universidad del Zulia.

LISCANO, Juan (1995). *Panorama de la Literatura Venezolana Actual*. Colección Trópicos. Caracas: Alfadil Ediciones.

MASSIANI, Felipe (1984). *El hombre y la naturaleza en Rómulo Gallegos*. Cara­cas: Monte Ávila Editores.

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 75

MEGENNEY, William (1980). “Las influencias afronegroides en Pobre Negro, de Rómulo Gallegos” en *Relectura de Rómulo Gallegos* I. XIX Congreso Inter­nacional de Literatura Iberoamericana. Caracas: Centro de Estudios Lati­noamericanos Rómulo Gallegos.

OLEZA, Joan (1996). “Una nueva alianza entre historia y novela. Historia y ficción en el pensamiento literario de fin de siglos”. En *La novela histórica a finales del siglo XX.* (VVAA. Romera j, Gutiérrez F y García-Page M, eds). Madrid: Visor Libros. Pp.81-97.

OVIEDO y PÉREZ DE TUDELA, Rocío (1985). “El clasicismo de Rómulo Galle­gos”. En *Anales de Literatura Hispanoamericana* Nº 14. Madrid: Universi­dad Complutense. Pp103-117.

PACHECO, Carlos (2006). “Textura de la nación: el intelectual Gallegos como sig­nificante político y estético en la cultura venezolana”. *En Nación y literatu­ra*: *itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (VVpobre ne­groAA. Carlos Pacheco, Luis Barrera y Beatriz González Coords). Caracas: Fundación Bigott.

RAMIREZ, Jorge (2002) “La religiosidad popular en la identidad cultural latinoame­ricana y caribeña” en *América Latina y El Caribe. Realidades sociopolíticas e identidad cultural*. El Salvador: Edic. Heirich Bòll.

RAMOS CALLES, Raúl (1984). *Los personajes de Gallegos a través del psicoaná­lisis*. Caracas: Monte Ávila Editores.

RAMOS GUÉDEZ, José Marcial (1980). *El negro en la novela venezolana*. Cara­cas: Universidad Central de Venezuela.

RAMOS GUÉDEZ, José Marcial (2008). *Contribución a la historia de las culturas negras en Venezuela colonial*. Segunda edición. Caracas: Fondo Editorial IPASME.

SAMBRANO URDANETA, Oscar y Domingo MILIANI (1994). *Literatura Hispano­americana* II. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

ENSAYOS HISTÓRICOS Nº 25 76

**THE PLAN** O**R P**OO**R BLACK FIRE**

**Alexander Torres Iriarte**

**SUMMARY:** Although the novel is a genre defined by its multivocal and suggestive language , refers meanings and senses that have fueled the popular imagination and policy proposals of the conductive elites. In the specific case of Venezuela, the novel of blackness is a reservoir of indisputable valences , provided that in its theme “ the dramatic and profound manifestations of Venezuelan reality “ are deepened . The following article discusses the work Poor Black (1937 ), emphasizing cultural expressions , the presence of war and didactic moralizing intent of Rómulo Gallegos ( 1884-1969 ) , in the context of modernizing posgomecista debate. The thesis of the struggle of antagonistic “races” as a metaphor for national unification , the denial of the war, the advocacy of the new regime and socio-economic integration of opposing forms symbolically raises Rómulo Gallegos in Poor Black unmarked distance from its political program imminent action.

**Keywords:** Novel, Culture, Religiosity, War, Modernization, Politics.

\*\*\*\*\*\*\*\*

**LE PLAN** OU**PA**U**VRES FE**U**N**O**IR**

**Alexander Torres Iriarte**

**Résumé:** Bien que le roman est un genre défini par sa langue plurivoque et suggestive, se réfère significations et les sens qui ont alimenté l’imagination et propositions politiques populaires des élites conductrices. Dans le cas spécifique du Venezuela, le roman de la négritude est un réservoir de valences incontestables, à condition que, dans le thème “les manifestations spectaculaires et profondes de la réalité vénézuélienne “sont approfondis. L’article suivant traite le travail Mauvais Black (1937), mettant l’accent sur les expressions culturelles, la présence de la guerre et didactique moralisateur intention de Rómulo Gallegos (1884-1969), dans le cadre de la modernisation de débat posgomecista. La thèse de la lutte des «races» antagonistes comme une métaphore de l’unification nationale, le refus de la guerre , la défense du nouveau régime et l’intégration socio-économique des formes opposées soulève symboliquement Rómulo Gallegos dans Mauvais loin banalisée noire de son programme politique une action imminente.

**Mots-clés:** Roman, Culture, la religiosité, la guerre, la modernisation, la politique.